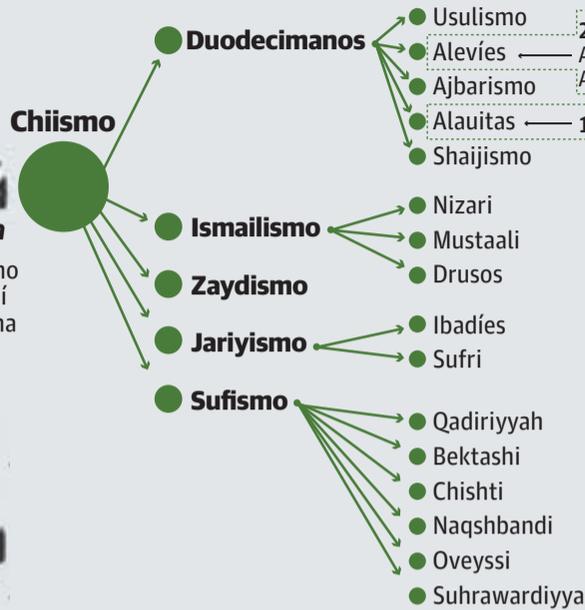


El origen de la separación (siglo VII)

Los chiíes no reconocen la autoridad divina de los tres primeros califas de los sunies (Yazid I, Umar y Othman)



Entre el 80 y el 85 % de los chiíes son duodecimanos, por lo que es frecuente que se asimile el conjunto de la chí a la chí duodecimana



Zulfiqar, una representación estilizada de la espada de Alí

El nombre se deriva de 'Alí ibn Abi Tālib, yerno y primo del profeta Mahoma. Muchos alevíes perciben una unidad mística entre Alí y el profeta Mahoma, dos caras de la misma moneda.

Lo que les une

Los pilares del Islam

- La profesión de fe *Shahada*
- La oración *Salat*



- El ayuno *Ramadán*
- La limosna *Azaque*
- La peregrinación a La Meca *Hajj*



Basher Al-Assad, presidente sirio, es alauita, como el 15% de sus compatriotas



Los sunies creen que Mahoma fue un profeta, un ser humano ejemplar y que deben imitar sus palabras y actos en la forma más exacta posible. Los hadices describen sus palabras y actos, constituyendo el principal pilar de la doctrina suní.

La representación del profeta

Los sunies detestan cualquier representación de la divinidad y rechazan la mediación entre el hombre y Alá. El atentado contra 'Charlie Hebdo', en París, lo dejó bien evidente. Los chiíes, en cambio, tienen santos, creen en su poder de intercesión y les rinden veneración en santuarios, como los cristianos.

Los ayatolás

Son chiíes. Esta rama del islam cree en la necesidad del clero, en la necesidad de los mulás y ayatolás, los guías de la comunidad. El imán iraní Jomeini es su tipo ideal. Los sunies, por contra, rechazan el clero como principio de autoridad religiosa. Ellos creen en la relación directa del fiel con Alá y en la interpretación personal del Corán.



Muyahidines, con presos chiíes en Siria. :: AFP

20%

o un 45% de chiíes, según las fuentes, viven en Yemen. Son una minoría frente a la mayoría suní. Irán, la potencia chií, que se está aproximando a Occidente con sus negociaciones nucleares, mantiene o incrementa su influencia en territorios anteriormente sunies, como Irak.

rialistas y detestan a EE UU.

Sobre ese barril de pólvora pivotan las complejas relaciones de sunies y chiíes; las de cada uno de ellos con sus grupos más fanáticos y las de todos juntos con Washington e Israel. Esa madeja está más enredada que nunca tras el derrocamiento de los Hermanos Musulmanes sunies en Egipto, y tras el hundimiento de Irak y Siria, dos estados creados por el Reino Unido y Francia después de la Primera Guerra Mundial con las provincias que el Imperio otomano tenía en Oriente Próximo y Medio.

La lealtad de la población a ambos países ha sido reemplazada por viejos vínculos religiosos y tribales que no difieren de los que, a comienzos del siglo XX, conocieron Lawrence de Arabia y Gertrude Bell, la mujer que dibujó las fronteras de Irak. Las líneas que ella trazó en el mapa de Mesopotamia han desaparecido y ha resurgido un espacio vacío donde los chiíes se han rebelado periódicamente desde el año 680, cuando se libró la batalla de Kerbala en el actual Irak.

El Islam se fracturó allí, en una tierra regada con la sangre de los creyentes. Las leyendas sobre ese acontecimiento arrancan a finales del siglo VII con la salida de La

Meca de unas cuantas familias lideradas por el caudillo Husein, que responden a una llamada de la ciudad de Kufa. Acampan cerca de ese enclave y en Kerbala se enfrentan a un ejército que les exige sin éxito lealtad al califa Yazid I. Los hombres son asesinados uno a uno, hasta que solo queda Husein en pie. Alcanzado por una flecha en la garganta, según una versión, el guerrero sostiene en brazos el cadáver de su hijo pequeño antes de ser decapitado de un golpe. Uno de sus enemigos abofetea la cabeza cortada, pero el ultraje le vale una reprimenda. La víctima es el nieto de Mahoma; sus labios son sagrados porque han besado al Profeta. Así se resume el martirio de Husein que los chiíes representan cada año en Kerbala.

La victoria de Yazid I, en el año 680, sentó las bases de la dinastía omeya y de la corriente suní del Islam, la que propugna el consenso para la elección del califa. Pero también engendró el chiismo, sostenido por la facción de Husein, a su vez defensor de la legitimidad de su padre, Alí, como líder de los creyentes.

Alí era yerno de Mahoma (se casó con su hija Fátima) y después de la muerte del profeta lideró el

Arabia Saudí y los países del Golfo Pérsico han amparado a los yihadistas sunies del Estado Islámico

islam durante un tiempo, hasta que lo asesinaron. Chií significa, en resumidas cuentas, partidario de Alí y de los representantes de su dinastía, cuya designación está por encima de los pactos de la comunidad. Esa corriente ha sufrido escisiones a lo largo de los siglos, y su versión ortodoxa es la que hoy impera en Irán. Por eso los sunies más sectarios caricaturizan a los chiíes como persas (en contraposición a árabes).

Unos y otros se miran de reojo o por el visor de las armas en Oriente

Medio y el Golfo Pérsico. Los chiíes creen que se puede derrocar a un gobernante si es suní. Los sunies piensan que una rebelión no es legítima si el líder político respeta la 'sharia' o ley islámica. No es de extrañar que la familia real saudí, que negoció su primera concesión petrolífera a la Standard Oil en 1933, mantenga una estrecha alianza con los clérigos wahabíes locales. Forman una corriente rigorista suní del siglo XVIII refractaria a las libertades, pero útil para acallar la oposición política o étnica.

En ese tablero endiabrado, Estados Unidos intenta reconstruir su política, un proceso que transformará el mapa de Mesopotamia. Por un lado, mantiene vínculos con Arabia Saudí y los países del Golfo, a los que ayuda a sofocar el levantamiento chií de Yemen. Por otro, negocia con Teherán, acusada de sembrar la discordia en ese país. Entre tanto, los dos bandos inoculan dosis de sectarismo a sus fieles. «En la era de la primavera árabe, los estados autoritarios ricos manipulan poderosas ideologías y sentimientos para protegerse de amenazas externas e internas», sintetiza el periodista Andrew Hammond. Brota de nuevo la sangre de Husein.